

Libro III

De la consagración de Napoleón a su excomunión (1804-1809)

El tomo III de la edición original en francés presenta también numerosos documentos ya traducidos en Escritos y palabras I, en concreto en los nn. 39 y siguientes. Aquí se presentan, pues, los documentos del tomo 3B de la edición francesa, páginas 129-146.

1

PROSPECTOS SOBRE LOS HECHOS EVANGÉLICOS

Este texto se ha conservado en el dossier del sr. D. Monier. Es un cuadernito de 15 x 20 cm. La escritura y el estilo son del Sr. David Monier. No parece compuesto para él sino para el Director de la Congregación. Fecha probable, final de 1804. Existe un cuaderno semejante sobre la historia sagrada. Se titula también 1^o cuaderno-1^o Prospecto y contiene igualmente una corta exposición del principio del Génesis.

Cuaderno Primero

Visión general sobre la instrucción para la congregación.

Primer prospecto

OBJETIVO DEL EVANGELIO: Sucesión, caracteres y concordancia de los cuatro Evangelios.

Primera pregunta:

¿Es la historia de Jesucristo la más hermosa de todas?

Segunda pregunta:

La doctrina de Jesucristo ¿había sido predicada antes de él?

Tercera pregunta:

¿Por qué los cuatro evangelistas tienen diferencias?

Cuarta pregunta:

¿Está el Evangelio por encima de todo lo que el espíritu humano pudiera imaginar para perfeccionarlo?

PREÁMBULO

Es costumbre común en todas las asociaciones recordar de tiempo en tiempo el objetivo para el que fueron instituidas; aunque no se la pueda acusar de haberlo perdido jamás de vista, sin embargo el recuerdo y la conmemoración expresa que de ello se hace parecen por el momento acercarnos más a él en cierta forma; la recomendación se hace más expresa sin decirlo; cada uno aporta un afecto más señalado que no puede realmente impedir la satisfacción de haberle prestado nueva atención.

Esos son los motivos que me llevan a decirles una palabra del objetivo para el que fue instituida esta congregación.

Mis queridos hijos (*sic*), hará pronto (unos) cuatro años, al salir de las tormentas de la revolución, quisimos reunir los destellos de una religión que acababa de ser violentamente perseguida. Fue ante todo el objetivo para el que nos reunimos. Después de nuestras primeras acciones de gracias, concebimos el designio de glorificar a Dios más ampliamente, tanto como nos lo permitieran nuestras fuerzas.

Determinamos entonces formar un centro de edificación, venir juntos (cristianos interiores) a prosternarnos públicamente al pie del altar y volver cada día a nuestras ocupaciones en el mundo para llevar allí el ejemplo de una fe sólida y de una honradez constante.

La más pura, la más excelente de todas las criaturas, la Santísima Virgen, recibió nuestras invocaciones; nos consagramos a su culto para asegurarnos el ser más fuertes si lo necesitáramos.

Y en fin, el tiempo que no se consagró ni a la oración ni a nuestros deberes, determinamos emplearlo aquí en nuestra instrucción. ¡Ojalá podamos de este modo obtener la plenitud de vida a la que la misericordia de Dios nos llama! ¡Ojalá no estemos reunidos más que para apoyarnos y animarnos!

Es la hora, el lugar, y el momento de hablar de nuestros designios comunes sobre nuestra instrucción recíproca. Por eso también quiero orientar a ello su atención.

Nuestra instrucción creo que debe relacionarse con nuestros otros fines, y además sería de desear que no presentase menos interés que utilidad.

Nuestra instrucción se referirá a nuestro primer fin si tiende esencialmente a hacernos cristianos en toda la fuerza que puede tener esta denominación.

Se referirá a nuestro segundo fin si alimenta en nuestras costumbres, si lleva en nuestros actos esa delicadeza, ese tacto, y en cierta forma esa flor de justicia mezclada a la (sobre) benevolencia que constituyen la exacta e inviolable honradez.

La instrucción podrá también llevarnos al conocimiento de la maternidad divina de María y al desarrollo del culto que debemos a esta poderosa protectora, si sabemos leer en la historia sagrada esta larga cadena de predicciones y de acontecimientos que confirman haber conducido al hombre de su caída a su reparación y nos ofrecen a esta virgen santa como el primer elemento de la especie humana salvada de un naufragio que ha durado miles de siglos y que pudiera durar eternamente.

Seremos cristianos si nos ajustamos a los hechos evangélicos.

Seremos como un ejemplo de probidad a los ojos de la sociedad, alimentándonos por decirlo así y haciendo propios los principios más puros de la moral.

Descubriremos la gloria de nuestra augusta protectora y la justicia de los homenajes infinitos que le debemos, por la historia sagrada que no es más que la de sus antepasados y la larga profecía de lo que ella debía ser y del Emmanuel que nos vino por ella a la tierra.

Los hechos evangélicos, la más pura moral y la historia sagrada fueron así en el principio y seguirán siendo el objeto de nuestras instrucciones.

Conocen ustedes bastante bien la utilidad inapreciable de tales temas.

El interés vendrá por un lado de su disposición y del gusto que ya tienen ustedes por las cuestiones de tan gran importancia.

El interés de las materias puede también venir a veces de la forma en que se tratan.

Sobre este último punto de vista, la Providencia hasta hoy nos ha suscitado bastantes oradores para fijar con frecuencia su atención y revestir las verdades ya conocidas con los colores más brillantes.

El Espíritu Santo a veces ha querido que fuéramos nosotros mismos el órgano de sus santas instrucciones.

Y tal fue en todos los conceptos la voluntad de Dios a quien servimos, que desde hace varios años que perseguimos el objeto de nuestro perfeccionamiento, sería difícil que se nos comparase otra asociación donde se hubieran dicho y desarrollado ni más grandes, ni más útiles, ni más numerosas (*sic*). A lo que les conjuro a todos ustedes es a no tener espíritu de orgullo, sino temor y temblor, como la medida según la que han debido cumplir sus acciones: objeto de terror para los que no han aprovechado tantas gracias, tema de humildad para los que a pesar de su indignidad las deben a la sola liberalidad de la bondad divina.

La Providencia no dejará que nos falten, me atrevo a esperarlo, los mismos socorros que nos ha prodigado. Nuestros oradores afligidos por males y enfermedades serán vueltos a su primer celo; los que se alejan serán reemplazados, y de entre ustedes, Dios podrá suscitar otros cuando quiera.

Pero no creamos que la elocuencia humana va a ser la causa principal del gran interés que hallamos en las verdades que nos ocupan a diario; Dios ha puesto en ellas otro interés,

otra causa de apego y de auténtico placer, creando corazones puros en algunos elegidos de entre nosotros y dándoles el espíritu de rectitud.

Contemos con la acción de la Providencia, y ustedes sus hijos, únense, llénense de un fuego nuevo, demos un nuevo impulso a nuestra labor.

Les propongo hoy que dejen los trabajos de la asamblea divisibles en cada sesión entre los hechos evangélicos, algunos puntos más importantes de la moral y de la historia sagrada o la historia primitiva de las profecías de nuestra religión.

Las sesiones que se dividieran entre estas tres materias emplearían solo una media hora cada una: de ahí nacería una variedad que recrearía la atención. A las sesiones en que una de estas materias se tratara con más extensión, no le faltaría interés por su importancia.

Pero con la precaución de tener constantemente los tres temas preparados por una o por diversas personas, las enfermedades de unos, las ausencias forzadas de otros no nos expondrían a vacíos que es a veces molesto llenar de inmediato.

Así pues, para que tres bocas al menos estén siempre preparadas a responder del interés de cada sesión, me propongo someterles de antemano y para todas las sesiones futuras, prospectos, de manera que sean conocidos quince días o tres semanas antes de estar en el orden de la sesión.

Les propondré a la vez tres prospectos: uno sobre hechos evangélicos, otro de algunos puntos de moral y el tercero sobre la sucesión de la historia sagrada de los primeros tiempos.

Invitaré cada vez a aquellos que quieran tener un conocimiento más especial, a que se comuniquen con la Oficina, o con aquel miembro de la Oficina que tenga la copia durante la semana.

Los que hayan tenido una comunicación serán siempre invitados a encargarse ellos mismos, si lo desean, de desarrollar los prospectos en todo o en parte los días en que estén en el orden.

Otros podrán proponer observaciones y hacer objeciones.

Y yo proveeré constantemente a que no falte nunca una voz que explique los objetivos propuestos y que responda a las observaciones y peticiones.

Vería con placer que cada uno de ustedes se acostumbrara a tener conocimiento directo de los puntos propuestos. Haría incluso multiplicar las copias, si fuera preciso.

Entonces les llevaría a plantear por orden sus preguntas con tono familiar, y hacerlas seguir de sus respuestas. Quisiera incluso que los más tímidos confiaran sus puntos de vista a sus vecinos y que estos las hicieran oír.

Crean que el grado de interés que naciera de estos coloquios sería tan chispeante como cualquier otro y sería para muchos más provechoso.

Sea lo que fuere, conocidos de antemano los prospectos, dejados luego a la discreción de aquellos que quisieran tratar de ellos hasta el día en que se haya fijado el orden del día, se responderán, se debatirán, se les dará vueltas y espero que no falten nunca a su atención si su interés no les falta nunca.

En este plano les propongo hoy los prospectos que se les van a leer.

PROSPECTO sobre los hechos evangélicos

Primer prospecto: sobre el objetivo del Evangelio, sobre la sucesión, carácter y concordancia de los 4 libros del Evangelio.

El Evangelio es la historia de Jesucristo y la exposición de su doctrina. Aunque la exposición de la doctrina parezca, a primera vista, que no debe presentar hechos, si al menos se mira una exposición de doctrina de manera general, sin embargo se ve uno forzado a admitir, tras el examen, que la doctrina de Cristo es tan abundante en hechos como su historia personal. Y es que, al traer una doctrina celestial a los seres humanos, no les ha propuesto una

teoría especulativa sino que ha puesto la religión y la virtud en acción y como ejemplo. Así los hechos evangélicos comprenden a la vez la historia de Jesucristo y su doctrina.

El Evangelio de San Marcos es el más breve de los cuatro libros que componen el Evangelio. San Mateo contiene más detalles y a veces más hechos. San Lucas, con los mismos detalles que san Mateo, presenta una narración que remonta más lejos. La historia del nacimiento del precursor le es propia. San Lucas sería el primero de los evangelistas por orden de los hechos, si San Juan no hubiera llevado su narración hasta el principio de todas las cosas, y por así decir antes de todos los tiempos. San Juan tiene además la ventaja de presentar muchos más pensamientos y miradas sobre la doctrina y de subrayar hechos particulares, pero preciosos, que no había sido reservado revelarnos a los otros tres.

El conjunto de los cuatro libros forma un evangelio completo y tan pleno en su corta extensión que es imposible a la razón humana prejulgar, presentir o imaginar quién pueda añadirle alguna perfección.

El Evangelio comienza, pues, con el principio de todas las cosas, según la narración de san Juan, continúa con la historia del nacimiento del precursor según san Lucas y se completa con el bautismo predicado por san Juan y por lo que se nos narra de Jesucristo hecho hombre según la concordancia de los cuatro evangelios y con los matices que hacen resplandecer puntos de vista diversos pero siempre más dignos de admiración.

Sobre el Primer Prospecto

Primera pregunta

Distingue usted, señor, en su prospecto la historia de Jesucristo y la exposición de su doctrina. Me detengo en la historia de Jesucristo. ¿Podría usted decirme si estoy equivocado al pensar que esta historia es la más hermosa que hay en el mundo?

Se responderá haciendo observar que la historia de los hechos propios de Jesucristo tiene esto de especial y exclusivo sobre toda otra historia, que no ofrece ningún hecho malo, ningún hecho equívoco, sino que todos los hechos están en ella marcados no solo por la bondad sino, lo que es más, por una perfección que no puede ser imitada más que de muy lejos.

prudencia en (sobre) toda su conducta

sabiduría en (sobre) todas sus respuestas

paciencia en las aflicciones

humildad y mansedumbre de corazón

vigilancia de todas las facultades del espíritu

liberación (sobre) de todo poder de los sentidos

piadoso para con Dios su Padre

sobrio en todas las cosas y para (sobre) sí mismo

justo hacia todos los seres humanos

y bajo todas las relaciones conocidas, ante Dios, en sí, y para los hombres, abrasándose en una ardiente caridad.

Cada parte de tal vida eclipsa las vidas más ilustres hasta entonces. Cuanto menos brillo tuvo, más sublime fue. Tomó sus principios en lo más alto del cielo. No puede uno impedirle afirmar que es totalmente la vida de un Dios.

Sobre el Primer Prospecto

Segunda pregunta

No le preguntaré, señor, sobre la doctrina de Cristo, pues veo que la respuesta sería cuestión de muchas sesiones. Pero le preguntaré si antes de Jesucristo se había predicado su doctrina en algún sitio, en todo o en parte, por ejemplo por los griegos y los romanos, que fueron tan célebres por sus escuelas.

Se responderá que la doctrina de Jesucristo fue propia suya, que no había sido ni podido ser imaginada por ninguna escuela, que los griegos y los romanos no habían tenido la

menor sospecha, cosa que se ve por la doctrina de Sócrates, la de Platón llamado «el divino», la de los estoicos que fueron de los más célebres, los Académicos, los Peripatéticos y los Eclécticos que mezclaron todas las opiniones.

Si se encuentra algún rasgo alejado de la doctrina de Cristo es solo en los libros mismos que lo anunciaban como la plenitud de la ley. Se encuentra algún precursor en los profetas, en los cánticos e inspiradores de David, en los libros sapienciales.

Pero aún no es más que una sombra que hace prejuzgar la luz sin proporcionarla, lo que es casi lo opuesto a la luz.

Los prejuicios caen, la verdad se anuncia. Y no son paradojas donde a la razón le cueste reconocerse. Como lo decía el rey profeta, los juicios de Dios son la verdad, se justifican por ellos mismos. Las máximas contrarias a las que hasta entonces eran las más extendidas parecen en adelante naturales; se hacen fáciles de pensar, necesarias de creer; la grandeza en las humillaciones, el gozo en las privaciones, la nada del orgullo, el vacío de todo lo que se llamaba los bienes de la tierra, la fe en un Dios Padre de todos los hombres, esperanzas desconocidas hasta entonces, el lazo inmenso e indisoluble de la caridad que une a todos los hombres y a Dios mismo con todos los hombres y otras mil verdades que han iluminado la razón y cambiado la faz de la tierra.

Cada punto de esta doctrina sublime nos ha venido de Cristo y cada punto nos señala la mano, la voz de un Dios. El mundo no era más que oprobio y miseria y Jesucristo ha hecho por el justo lo que no se podía imaginar, ha hecho de cada rincón más horrible de la tierra una dependencia del cielo, un lugar de espera, que ofrece a nuestra admiración una viva imagen.

Esta doctrina, que no se puede indicar sin dejarse arrastrar muy lejos por la admiración y por mil sentimientos de gratitud hacia Dios, no ha sido predicada más que por Jesucristo tras su venida memorable a la tierra.

Sobre el Primer Prospecto

Tercera pregunta

¿Por qué los cuatro evangelios no son semejantes y no presentan los mismos hechos?

Se responderá que fue sin duda según la visión y en los planes de la sabiduría de Dios.

Se podrá señalar que los hechos históricos están de ordinario apoyados por la concordancia de los cuatro evangelistas; que sucede igual con algunos ejemplos diferentes o narrados con matices diversos a como dos observadores situados de forma diferente verían de manera diversa los meteoros luminosos que aparecen en el cielo.

Sobre el Primer Prospecto

Cuarta pregunta

Dice usted, señor, que la mente humana no podría imaginar nada que pudiera añadir a la perfección del Evangelio. Pero usted mismo parece indicar un modo de perfeccionamiento, que es el hacer solo un Evangelio de los cuatro, clasificando los hechos según su orden.

Se responderá que la unidad de un solo Evangelio compuesto con los cuatro libros que se nos han dado no sería en varios sentidos una perfección, que sin entrar en el efecto que producen cuatro historiadores originales en lugar de uno solo que hubiera habido, y sin considerar las múltiples ventajas de las cuatro versiones primitivas sobre cada uno de los hechos; con un solo texto habría existido el gran peligro de las alteraciones más fáciles que en cuatro; alteraciones que sin duda Dios habría podido prevenir por su omnipotencia, pero que ha preferido situar bajo la defensa moral y natural que guarda mejor entre nosotros todos los otros depósitos históricos. Después del milagro que hubiera previsto las alteraciones, ¿no hubiera sido preciso pensar que el hombre estaba demasiado endurecido y probarle el milagro? Pero sin profundizar en las miras impenetrables de la Providencia, contentémonos con observar aquí que la aproximación que hemos dejado entrever de los cuatro evangelios según el orden de los hechos, no es más que un modo de prestarse a la debilidad de nuestra

inteligencia y que lo que necesita nuestra debilidad está sin duda muy lejos de ser una perfección.

HECHOS EVANGÉLICOS

Primer Prospecto

La aparición del Ángel Gabriel a Zacarías (Luc 1,3-25).

1. Se hará la narración de todos los hechos relativos a esta aparición.
2. Se explicará su sentido dogmático o moral; se aportarán los hechos históricos que puedan tener alguna semejanza.
3. Se propondrán sobre el hecho, sobre la narración, sobre su explicación las dificultades más señaladas.

NOTA. Como las tres observaciones anteriores sobre la narración, la explicación y las dificultades deben referirse a todos los prospectos siguientes, será suficiente advertirlo aquí sin que sea necesario repetirlos de nuevo.

Segundo Prospecto

La Anunciación del Ángel Gabriel a la Virgen María.

Narración. – Explicación. – Dificultades.

Ejemplo de una nota autógrafa del P. Chaminade para una reunión de congregantes¹.

1ª pregunta. Nos dice usted, señor que hay que combatir siempre, que el cristianismo es una santa milicia que exige que tengamos siempre las armas en la mano. Tenemos enfrente un enemigo, un tentador infatigable; jamás se agota ni en astucia ni en malicia. Sin embargo, por otra parte, señor, nos prohíbe usted exponernos a la tentación, es decir que usted nos ordena huir del combate. ¿No hay ahí una contradicción?

2ª pregunta. Nos deja usted creer, señor, que no debo contar totalmente con la victoria en las tentaciones incluso involuntarias, que la gracia de la victoria está unida a ciertas condiciones bastante difíciles de cumplir. – Le confieso, señor, que tengo muy poca experiencia en esta milicia espiritual. Necesitaría aprender los primeros rudimentos de este arte. No tema entrar en detalles demasiado amplios; ignoro hasta el manejo de las armas.

3ª pregunta. Tantas precauciones, tanta preparación, un surtido tan grande de armas espirituales suponen, señor, que el enemigo que tenemos que combatir es muy terco, muy astuto, muy maligno, muy fuerte y muy poderoso. Desde hace seis mil años² tienta a los hombres, ¿y no se ha podido reconocer su táctica? Por muy variadas que sean sus tentaciones, se habrán encontrado siempre rasgos de semejanza que los hayan hecho distinguir en varias especies y por lo mismo precaverse mejor.

CALENDARIO ECLESIAÍSTICO Y DE DEVOCIÓN, para uso de la diócesis de Burdeos para el año 1808³

1.– *Stabat* y la bendición del Santísimo Sacramento todos los viernes del año. El Viernes Santo, la bendición es reemplazada por el sermón de la Pasión y la adoración de la reliquia de la vera cruz.

¹ Notas autógrafas del P. Chaminade. AGMAR, Roma, Grandes hojas, 103.

² Es la edad que en la época del manuscrito le atribuía la cultura al mundo desde su creación, según una lectura literal de la Biblia. Quedaban aún años para las primeras teorías evolucionistas de Darwin (N. E.).

³ Iglesia de la Magdalena, p. 106.

2.– Todos los primeros miércoles de mes, días en los que se dan ejercicios de retiro, se terminan con el *Miserere* y la Bendición del Santísimo Sacramento.

3.– Bendición los 1º, 3º y con frecuencia 5º domingos de mes.

4.– Se celebra la fiesta de la Concepción con octava: exposición del Santísimo Sacramento el primer día toda la jornada, Vísperas, sermón, y exposición del Santísimo Sacramento todos los días de la octava.

Se celebra la fiesta de la Purificación con exposición del Santísimo Sacramento en las Vísperas;

La Anunciación: exposición;

Nuestra Señora de los Mártires el 14 de mayo, con exposición toda la jornada;

La Visitación: exposición;

La Asunción: exposición;

La Natividad de la Santísima Virgen: exposición;

San José: exposición todo el día;

Santa Magdalena: el día de la fiesta solo hay Vísperas y Bendición; la solemnidad se transfiere al domingo siguiente: exposición toda la jornada;

Bendición toda la octava del Santísimo Sacramento;

Bendición y solemnidad en las fiestas de Todos los Santos y de Navidad.

Libro IV

En tiempos difíciles (1809-1814)

1

EXTRACTO

de los Registros de la Congregación de la Santísima Virgen, establecida en París, el 2 de febrero de 1801⁴

La Congregación de la Santísima Virgen comenzó en Roma en 1563. El Padre León, jesuita cuyo celo y virtudes fueron célebres, comenzó esta santa institución con la reunión de varios jóvenes cuya fervorosa piedad y conducta fueron pronto la admiración de Roma.

La Santa Sede no tardó en dar su aprobación a esta Institución y algunos años más tarde, Gregorio XIII, Sumo Pontífice, por su Bula *Omnipotens Deus*, fechada el 5 de diciembre de 1584, aprobó solemnemente la congregación erigida en el colegio romano, bajo la advocación de la Santísima Virgen, Madre de Dios, no solo para los jóvenes sino también para todos los fieles; quiso que esta primera congregación fuera el modelo de todas las que se establecieran luego en los diferentes países católicos; que unidas a esta primera congregación y no formando, por así decir, más que una en el universo, participasen de todas las indulgencias y gracias espirituales que la Bula contiene. Da al Reverendo Padre General de la Compañía de Jesús y a los hermanos que se encargarán de dirigir la congregación los poderes necesarios para dirigir sus piadosos ejercicios y mantener sus reglamentos.

Todos los sucesores de Gregorio XIII hasta estos últimos tiempos han confirmado la congregación de la Santísima Virgen y añadido nuevas gracias en favor de los que se asocien a ella.

Las Bulas de Sixto V, de Clemente VIII, de Gregorio XV, de Benedicto XIV y de Clemente XIII, son magníficas en esto.

Italia, Francia, España, Alemania y Portugal vieron multiplicarse en las grandes ciudades los establecimientos de las congregaciones. El celo de los misioneros apostólicos los llevó hasta las Indias, a China y a las comarcas convertidas al catolicismo en el Nuevo Mundo. Y en todas partes la bendición del Señor se hizo notar en estos santos establecimientos. Reunieron asociados en todos los Estados; se cuentan casi siempre discípulos e hijos de María distinguidos por su nacimiento, por sus talentos y más aún por su virtud.

San Carlos Borromeo, san Francisco de Sales, san Francisco de Regis, san Luis de Gonzaga, san Estanislao Kostka y varios otros santos fueron congregantes y son nuestros hermanos y nuestros patronos. Imitémoslos invocándolos y para eso conozcamos bien lo que debe ser un verdadero congregante.

Para ser admitido a llevar ese nombre, hay que hacer profesión de la fe católica, haber hecho la primera comunión hace un tiempo, gozar de una reputación intacta en la probidad, las costumbres y la práctica asidua de los deberes del culto católico; hace falta también gozar en su estado de una estima, que la forma de comportarse y las costumbres comunes de la vida prueben de ordinario. Es también necesario pedir y desear ser asociado a la congregación, después de haber conocido su espíritu, sus obligaciones y sus ventajas para la santificación de sus miembros.

El espíritu de la congregación es el de la caridad evangélica. No debemos tener entre nosotros más que un corazón y un alma, a imitación de los primeros cristianos cuya Madre y Modelo fue la Santísima Virgen, después de la Ascensión de Jesucristo. [*Un corazón y un alma*]⁵.

⁴ Biblioteca Nacional. Nuev. Adq. franc. 10026.

⁵ *Cor unum et anima una.*

Este es nuestro deseo en el ejercicio de esta caridad divina: no tenemos otro deseo que glorificar a Dios y hacerle glorificar por todos los medios que nos dé la gracia para servirle y comprometer al prójimo a servirle.

Nos proponemos imitar en lo posible, ayudados por el socorro divino, la humildad, la caridad y la pureza de la Santísima Virgen, nuestra Augusta Madre, a la que todos los días rendiremos nuestros homenajes particulares, renovando nuestra consagración solemne a su culto, tal como la hemos pronunciado en voz alta ante toda la asamblea en que fuimos recibidos como congregantes.

Recitamos también todos los días 15 *Ave* y 15 *Gloria Patri*, para honrar los quince misterios de la vida y de la muerte de la Reina de los Ángeles y de los Santos. Celebramos con fervor sus fiestas, acercándonos cuanto podemos, estos días, a los sacramentos. Y somos asiduos en asistir a las asambleas de la congregación para cumplir juntos los ejercicios comunes de oración y de instrucción religiosa.

Tenemos por costumbre confesarnos cada 15 días y lo más tarde todos los meses y acercarnos a la Santa Mesa, tratando de llevar las disposiciones necesarias.

Somos congregantes de por vida y, donde quiera que estemos, permanecemos unidos a nuestros hermanos. Podemos ganar las indulgencias concedidas por la Santa Sede cumpliendo las condiciones requeridas para ello.

En las asambleas pedimos por los asociados vivos y difuntos, y ofrecemos cada año una módica contribución para mantener la capilla de la Santísima Virgen.

Hablamos con prudencia de nuestra asociación para no exponer el don de Dios a la burla del juicio mundano; y solo con el parecer de nuestro jefe o de los primeros oficiales de la congregación damos a conocer sus ventajas a aquellos a quienes creemos podérselas procurar.

Los enfermos y los afligidos son entre nosotros los objetos más queridos de nuestra caridad fraterna. Pero nuestra mayor felicidad es poder servir a los designios de la Providencia por la conversión de los pecadores.

No estamos comprometidos por ningún voto ni por ninguna promesa positiva. Nuestro acto de consagración, que tenemos de la Santa Sede, no es más que la expresión de una firme resolución de entregarnos al culto de la Santísima Virgen, con una gran confianza en su protección; y no estamos obligados bajo pena de pecado a ninguno de los ejercicios piadosos propios de nuestra congregación.

Pero la tibieza y la cobardía para cumplirlos pueden privarnos de las gracias que les están unidas, lo cual debe bastar para hacernos fieles.

Nuestros días de indulgencias como congregantes son:

1° el día de nuestra recepción, durante la santa misa en la que se comulga;

2° el día de la asamblea de la congregación, es decir, cada domingo u otro día designado por el jefe;

3° el día de la principal o segunda fiesta de nuestra capilla, pudiendo transferirlas, si hubiera alguna razón para hacerlo;

4° el día en que comulgamos después de una confesión general o anual, rogando por las intenciones de la Santa Sede, como está prescrito para ganar cualquier indulgencia plenaria;

5° en las fiestas de la Natividad y de la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo;

6° en las fiestas de la Anunciación, de la Asunción, de la Inmaculada Concepción y de la Natividad de la Santísima Virgen;

7° en la hora de la muerte.

Indulgencias no plenarias:

1° acompañando a los fieles a la sepultura cristiana;

2° haciendo actos de fe, de esperanza y de caridad;

3° asistiendo a los ejercicios piadosos de la congregación;

4° asistiendo a la santa misa los días de labor;

5° haciendo el examen de conciencia en la oración de la noche;

- 6° visitando a los pobres, enfermos y prisioneros;
 - 7° reconciliando a los enemigos;
 - 8° rezando a las intenciones por las indulgencias unidas a Roma, a ciertas fiestas solemnes y a las estaciones de todos los días de Cuaresma y de las Cuatro t mporas del año;
 - 9° visitando la iglesia de la congregación u otra, rezando all  7 *Pater* y 7 *Ave*.
- El Acto de consagración es privilegiado.

NOTA: Todas las indulgencias propias de los congregantes son aplicables como sufragio a las almas del Purgatorio.

El Papa Pío VII, en la estancia de 4 meses en París, al conocer nuestra congregación, la bendijo especialmente en la iglesia de San Sulpicio y la confirmó, el 4 de enero de 1805, en todas las indulgencias y gracias espirituales concedidas a esta santa asociación por sus venerables predecesores en la Santa Sede. Y tenemos la auténtica de este oráculo de viva voz de Su Santidad, firmado de mano del Prelado Rafael Matrio, maestro de ceremonias, y contrastado por Vicente P rard, sacerdote, capellán de Su Eminencia Monseñor el Cardenal Cazelli, arzobispo de Parma. Tuvieron a bien presentar al Santo Padre nuestra súplica, firmada de mano del sacerdote Sr. Bourdier-Delpuit, director y jefe de nuestra santa asociación desde el 2 de febrero de 1801, fiesta de la Purificación.

ORGANIZACIÓN y ejercicios piadosos de la congregación

Las fiestas principales de la congregación son:

1. La Purificación, 2 de febrero;
2. La Inmaculada Concepción, 8 de diciembre;
3. La fiesta del Sagrado Corazón de Jesús que celebramos también con una devoción particular.

Por fin honramos especialmente a los santos de la Compa a de Jesús, a la que esta piadosa institución debe su origen y sobre todo a san Luis de Gonzaga y san Estanislao Kotska, que fueron por sus eminentes virtudes uno de sus principales adornos.

El régimen de la congregación es monárquico. El eclesiástico la dirige y nombra todos los años los cargos y empleos; y publica en un día fijo este nombramiento en la asamblea de congregantes.

Los principales oficiales son: un prefecto, dos asistentes, un secretario general, un tesorero y dos jefes acólitos.

El Prefecto está especialmente encargado de hacer, en nombre de la congregación a la que representa, los cumplidos y alocuciones; cuando hay lugar, se escribe con los miembros ausentes de nuestra congregación así como con los de otras congregaciones que nos están asociados. En las asambleas est  sentado cerca del altar, en un sillón destacado entre sus dos asistentes. En caso de ausencia del prefecto actual, el sillón est  ocupado por uno de los antiguos prefectos, designado por el P. Director.

El secretario est  encargado del registro o Catálogo de los congregantes con la fecha del día y año de su recepción, su apellido y su nombre, el del lugar de su nacimiento, diócesis y departamento.

Cuando algún congregante está llamado a instalarse o va a morir en otro lugar, el secretario debe también tomar nota del lugar de la nueva residencia y de su empleo, o de su fallecimiento.

El tesorero recibe las ofrendas de los congregantes en su recepción y las que se hacen al comienzo de cada año.

Los jefes de los acólitos y sus adjuntos tienen la noble función de ayudar a misa los días de reunión, que tienen lugar cada ocho o quince días, y uno de ellos, con el título de sacristán,

está encargado especialmente de preparar el altar y todo lo que se refiere al honor y mantenimiento de la capilla.

Hay también dos inspectores encargados de vigilar que se observe el buen orden en el lugar de reunión y sobre todo para que no entre ningún extraño.

En fin se nombran varios lectores, cuyo oficio es leer en voz alta, los días de asamblea y durante más o menos un cuarto de hora, la vida de los santos o algún otro libro de piedad, y luego la Epístola y el Evangelio del día, esperando a que el Padre director comience sus funciones.

Entre nosotros los enfermos y los indispuestos son objeto de nuestra tierna solicitud, para servirlos, aliviarlos, velarlos incluso en cuanto es posible. Rezamos por ellos y no descuidamos nada que les edifique y les procure todas las ayudas de la religión. Y los que el Señor llama a sí, son hermanos por los que rezamos y ofrecemos a Dios los méritos de nuestras buenas obras, a fin de aplicarles las indulgencias que nos son propias. Cuando nuestras facultades nos lo permiten damos limosnas a las iglesias y a los pobres y hacemos decir misas para el alivio de su alma. Además, recitamos durante ocho días el salmo *De Profundis* por cada hermano difunto y hacemos por él dos comuniones.

Todos los oficiales tienen suplentes para que en caso de ausencia de alguno de ellos, el servicio se haga siempre exactamente.

Los probandos que deseen ser recibidos congregantes, después de haber sido presentados al Padre de la congregación por uno o dos congregantes que responden de ellos, son admitidos por él, si lo juzga oportuno, a nuestras asambleas, fuera de la categoría de los congregantes. Y cuando han sido juzgados dignos de ser admitidos en la congregación, el padre director les avisa indicándoles el día de la asamblea en que deben ser recibidos solemnemente a pronunciar en voz inteligible el acto de consagración a la Santísima Virgen, con una vela encendida en la mano. Este acto, al que uno de los asistentes conduce y dirige al recipiendario, se realiza en el *Pater* de la misa de la congregación, en la que comulga con indulgencia plenaria ese día.

Tras la ceremonia, los Sres. asistentes lo presentan al Padre director, a los Oficiales de la congregación y a sus queridos nuevos cohermanos que le dan el abrazo de caridad fraterna. En las asambleas siguientes, se coloca entre ellos sin distinción de orden, ya que todos los lugares se consideran iguales, excepto los de los oficiales y de sus suplentes que deben sentarse cerca del altar.

Los días de asamblea, al terminar la lectura, cuando el P. Director cree que debe comenzar el santo ministerio, se coloca en el sillón y tras la llamada nominal, lee primero los avisos que cree oportuno dar a los congregantes, así como las instrucciones sobre las fiestas, ayunos y observancias religiosas para la semana; les anuncia lo que pueda interesarles sobre los cohermanos ausentes o sobre las modificaciones que exigen algunas circunstancias.

Después, si hay una redacción sobre la última conferencia que escuchar, o un elogio histórico de un congregante difunto, se llama a los redactores que ocupan el lugar del lector para leer a la asamblea su redacción o su elogio fúnebre; si no, el padre director hace leer en seguida la Epístola y el Evangelio del día y pronuncia una homilía sobre el santo Evangelio que se acaba de leer, o da una conferencia moral, en el orden del curso que ha comenzado.

A continuación hace la aspersión del agua bendita, terminada la cual, y estando todos de rodillas, comienza el *Veni, Creator* que la asamblea continúa a dos coros; luego dice el versículo y la oración. Se recita el *Ave, maris stella* en el mismo orden con el versículo y la oración, después un *Pater* y un *Ave* con el *Sub tuum*, por las intenciones que el padre haya pedido. Tras lo cual comienza la santa misa en que se da la sagrada comunión.

Después de la misa, se recita en voz alta el salmo *De profundis* por los congregantes difuntos y por las almas del Purgatorio. El padre director dice la oración y comienza en seguida el *Miserere* por las necesidades de la Iglesia. La asamblea continúa a dos coros, mientras el celebrante se desviste. Después de unos momentos de acción de gracias, da la señal para retirarse en el orden y silencio acostumbrados.

Todos los años, en las fiestas de la Purificación y de la Asunción de la Santísima Virgen, nuestra augusta Madre, es costumbre hacer, el domingo, en la octava, o después de la octava de esas dos fiestas, la Renovación solemne de nuestra consagración –podría elegirse para hacer esta renovación los días mismos de estas fiestas y sustituir el día de la Purificación por el de la Inmaculada Concepción–. El prefecto o, en su ausencia, uno de los asistentes, con un cirio encendido en la mano, pronuncia en voz alta y en plural, el acto de consagración, tal como se dio por la Santa Sede para todas las congregaciones de la Santísima Virgen.

Renovamos también de la misma forma en la octava de Pentecostés, después de la misa, los votos solemnes del bautismo y hacemos durante la octava del Santísimo Sacramento o del Sagrado Corazón de Jesús, un Acto de reparación a este divino Corazón. Estos tres actos están escritos en tres cuadros diferentes destinados a estas augustas ceremonias.

Todos los años, en el mes de enero, en una sesión del primer domingo del año, el Padre director lee él mismo o hace leer en su presencia la nota histórica y preciosa de la congregación a la que tenemos la dicha de pertenecer y cuya institución y enriquecimiento con gracias e indulgencias ha autorizado la Santa Sede desde hace casi tres siglos y que el Sumo Pontífice Pío VII ha tenido a bien confirmar y renovar durante su estancia en París en 1805.

En esta época el Padre director ha juzgado necesario nombrar entre nosotros un secretario de nuestros reglamentos, de nuestros títulos, de nuestras santas costumbres y piadosas ceremonias. Uno de nuestros oficiales digno de la confianza de todos respondió con su celo y su exactitud escribiendo todo lo que tiene relación con nuestra congregación. El mismo secretario fue encargado del registro que contendrá los elogios históricos y fúnebres de los congregantes, nuestros queridos cohermanos a los que el Señor haya llamado a otra vida mejor; y este necrológico edificante será muy querido a nuestros corazones y a aquellos a quienes la gracia llame a unirse a nosotros.

Nuestro Padre director, al que la divina Providencia ha ayudado a renovar la verdadera congregación de la Santísima Virgen, ha pedido en su súplica, dirigida al Santo Padre Pío VII, en su nombre, la perpetuidad de los poderes acordados por la Santa Sede a la congregación de la Santísima Virgen establecida en París, y la autorización especial para que los directores de las otras congregaciones que quisieran asociarse a nosotros, sometiéndose a nuestra piadosa organización, es decir a comunicarles todas las gracias e indulgencias de que gozamos nosotros mismos.

El Santo Padre concedió que los que estando en París sucedieran a nuestro Padre director, con los poderes y la aprobación del Señor Arzobispo de París, tendrían los mismos derechos y gracias espirituales. Su Santidad quiso también bendecir un anillo de oro con una cornalina en la que va grabado un crucifijo, y que el Padre director usaría en nuestras asambleas.

Hay que advertir a aquellos que aspiran a ser miembros de la congregación, que tenemos la costumbre de comulgar todos los meses en cuanto sea posible; que somos asiduos al oficio parroquial los domingos y días de fiesta; que huimos con gran cuidado de los lugares y paseos peligrosos, los juegos públicos, los bailes, los espectáculos, las sociedades mundanas y que nos prohibimos radicalmente la lectura de malos libros.

ORACIÓN

de Consagración a la Santísima Virgen
tal como la Santa Sede la dio en el año 1563

In nomine Patris... etc.

Sancta Maria, Mater Dei et Virgo sine labe concepta, Ego... te hodie in Dominam, Patronam, Advocatam et Matrem eligo firmiterque statuo ac propono me numquam te deprecitum neque aliquid unquam contra te dicturum aut facturum neque permissurum ut a meis subditis aliquid unquam contra tuum honorem agatur.

Obsecro te igitur, suscipe me in servum perpetuum; adsis mihi in omnibus actionibus meis, nec me deseras in hora mortis meae. Amen.

La misma en español:

«En el nombre del Padre... etc.

Santa María, Madre de Dios y Virgen preservada desde el primer momento de la mancha del pecado original: Yo... os escojo hoy como mi Reina, mi Patrona, mi Protectora y mi Abogada ante Dios, y mi gloriosa Madre. Tomo la resolución inconvencible y el firme propósito de no abandonar jamás vuestro culto ni los intereses de vuestra gloria durante toda mi vida, especialmente jamás decir ni hacer nada contra vos, ni permitir que los que de mí dependen por sus palabras o por sus ejemplos el más ligero atentado al honor y al respeto que os son debidos por tantos títulos.

Dignaos, pues, os lo suplico, augusta Reina del cielo y de la tierra, admitirme hoy a vuestro servicio para siempre y concederme vuestra poderosa protección ante Dios en todos los momentos y en todos los actos de mi vida. No me abandonéis sobre todo, Madre divina de mi Salvador, en la hora de mi muerte. Amén».

Para unir a nuestra congregación otras congregaciones que lo deseen, es necesario que nos den a conocer bien el régimen de oración que observan; que quieran también conformarse a nuestros reglamentos y hacer pronunciar a cada congregante, en su recepción, la oración de consagración a la Santísima Virgen, en latín o en francés, que el Papa Gregorio XIII, de feliz memoria, aprobó en 1563, no solo para la primera congregación que acababa de establecerse en Roma, sino para todas las que se establecieran con el mismo modelo en el mundo católico.

Nuestro Padre director, en virtud de los poderes que le han sido concedidos por el Santo Padre Pío VII, nombrará Comisario apostólico al Sr. director de la congregación que deberá agregarse a la nuestra y que haya declarado previamente querer ser constante en observar las costumbres y métodos que nos son propios, para que los que la componen puedan, durante algunas asambleas de la congregación –si el número de congregantes fuera demasiado grande para que bastara una sola asamblea– pronunciar en el *Pater* de la misa o después de la elevación, el acto de consagración al culto de la Santísima Virgen en francés.

Harán esta ceremonia de rodillas, ante el altar, con un cirio encendido en la mano y leerán en voz inteligible dicho acto introduciendo su nombre y apellido; luego harán la comunión a la que va unida para ellos una indulgencia plenaria. Si el Sr. director de esta congregación no hubiera sido él mismo congregante, sería el primero en pronunciar de rodillas ante el altar y con el cirio encendido en la mano su acto de consagración, y lo haría antes de la santa misa, si tiene que celebrarla él.

Es muy necesario que todas las congregaciones nuevas conozcan nuestro acto de consagración del que nunca debemos cambiar nada y que es el mismo en todas las congregaciones autorizadas por la Santa Sede.

Desde que las nuevas congregaciones hayan informado a nuestro Padre director, este las recibirá dándoles la recepción de sus miembros; nos lo participará y escribirá o hará saber a estos nuevos congregantes que estamos unidos en Dios a ellos en espíritu y corazón y que nuestras oraciones así como nuestras buenas obras, con la ayuda de la gracia, nos serán comunes. También haremos nosotros, por los cristianos sus cohermanos difuntos, las oraciones acostumbradas entre nosotros en semejante caso.

Si algunos congregantes unidos a nosotros vinieran a París, serían recibidos como hermanos en nuestras asambleas, después de haberse dado a conocer a nuestro director; y recíprocamente los congregantes de París, si hicieran alguna estancia en las ciudades donde hubiera una congregación que estuviera unida a la nuestra, serían recibidos con la misma satisfacción.

De tiempo en tiempo será útil y edificante que se dé conocimiento del estado de las congregaciones y que se adviertan recíprocamente, respectivamente, cuando cohermanos hayan sido llamados de esta vida a la Eternidad. Sobre ello, los secretarios de cada congregación podrán escribirse, si los Srs. directores lo juzgan oportuno; pero es necesario que sus cartas sean tan edificantes como prudentes.

Es copia conforme a los estatutos de la congregación de París,

Firmado: Chanon, director de la congregación de Laval.
Lisieux, 19 de diciembre de 1819.

2

INFORMES DE LA POLICÍA SOBRE EL P. DELPUITS⁶

PREFECTURA DE POLICÍA⁷

París 12 de Ventoso, año 13 de la República.

– Me llamo Juan Carlos Cahier, de 32 años de edad, nacido hace sesenta años, departamento de Aisne, comerciante orfebre, Muelle de los Orfebres n. 10. Estoy en París desde hace cinco o seis años.

– ¿Cuáles son sus relaciones habituales en París?

– Apenas veo más que a mi familia y a algunos amigos, tales como jóvenes que forman parte de una congregación de devoción en casa del Sr. Delpuy, sacerdote, calle Santo Domingo, Arrabal San Germán, en la última puerta de coches entrando por la calle Santo Domingo; porque me he equivocado, he querido decir al principio San Guillermo; porque es allí donde habita el abate Delpuy.

– ¿Se reúnen ustedes con frecuencia en su casa?

– Cada 15 días y siempre el domingo.

– ¿Conoce usted al señor Hinaux, sacerdote vicario de San Nicolás de los Campos?

– Sí, lo conozco; viene a la casa a comprar aquello que necesita.

– ¿No le ha traído últimamente un pequeño folleto impreso?

– No, no creo.

– ¿Conoce usted un escrito que tiene como título: Reclamaciones de los Obispos que están fuera de Francia?

– He oído hablar al Sr. Laneuville; me equivoco, no es al Sr. Laneuville sino a un sacerdote que este me ha enviado para comprar algo; este sacerdote me habló de ello efectivamente; me dijo incluso que si el Sr. Laneuville charlara conmigo haría ver que tiene razón. El sacerdote que vino donde mí es un hombre grande, bastante indolente y cuyo nombre ignoro.

– ¿Hace mucho tiempo que conoce usted al Sr. Laneuville?

– Le conocí hace unos tres o cuatro años por uno de mis amigos que estudiaba la teología con él. El reverendo Laneuville vivía entonces en la calle Nuestra Señora de los Campos, donde la señora Duquesne; desde entonces no sé cómo ha podido usted saber su

⁶ En los distintos documentos aparece como Delpuits, Delpuit, Delpuy (N. E.).

⁷ AA-308, piezas 178 a 180.

dirección porque no se la daba a nadie. Vino últimamente a la casa para hacer arreglar un cáliz. Es tan miedoso que lo escondía como si estuviera aún en el tiempo del Terror.

■

PREFECTURA DE POLICÍA⁸

(13 ventoso)

- ¿Tiene usted un hermano en San Gamillier?⁹
- Sí, es mi hermano Edmundo; es profesor en el colegio de San Gamier. Se prepara a acceder al sacerdocio.
- Su hermano Edmundo en una carta del 27 de septiembre de 1802 se explica de una forma indecente a cuenta de uno de los primeros funcionarios del Estado y esa carta es respuesta a una carta de usted; ¿qué le decía usted?
- Es de su Excelencia el Senador ministro de la Policía de quien me habla mi hermano. Pero esa carta no es de ningún modo respuesta a una de las mías.
- ¿Cuáles son las listas encontradas entre los papeles de usted y quiénes son las personas cuyos nombres se citan en ellas?
- Son los nombres de los jóvenes a los que veo en casa del Sr. Delpuy; estas listas me sirven para ir a visitarlos cuando están enfermos.
- ¿Cuáles son sus ejercicios en casa del Sr. Delpuy?
- Allí tenemos conferencias sobre el dogma, sobre la moral; tenemos lecturas piadosas y rezamos por su M. el Emperador, su augusta familia, las necesidades del Estado, por nuestros padres y nuestros amigos. Nuestras reuniones tienen lugar el domingo por la mañana, cada 15 días; allí oímos una misa rezada; la capilla está autorizada por el Sr. Cardenal Arzobispo de París.
- ¿De dónde le vienen diferentes piezas manuscritas en favor de los Borbones encontradas entre sus papeles?
- Son piezas que yo he copiado cuando aparecieron hace tiempo. No creo haber dado jamás una copia a nadie.

■

(París, 11 de septiembre de 1809)¹⁰.

Señor Inspector general:

El reverendo B. Delpuit que vive en la calle San Guillermo, n. 27, es canónigo honorario de Nuestra Señora.

Es un hombre de edad, muy escrupuloso en materia de religión y a quien le gusta mucho catequizar a los jóvenes.

Tiene con él a una de sus hermanas, Mde. Feuillant, que vive en París, calle de las Victorias, calzada de Antin.

El Sr. Delpuit ha tenido hasta ahora frecuentes asambleas de jóvenes en su casa.

Según informaciones exactas, estos jóvenes son en número de 50 a 60.

En la casa no me han podido citar más que los nombres de Janson, de Noailles, de Nantas, de Ferdinand, pero sobre todo Janson que parece el benjamín del Sr. Delpuit.

⁸ AA-308, p. 179 continuación.

⁹ San Gamier (N. T.).

¹⁰ Archivos de la Prefectura de policía, París, AA-318, 237.

Estas asambleas han tenido lugar hasta ahora regularmente todos los domingos por la mañana y de forma irregular una o dos veces otros días de la semana.

Aparte las asambleas generales, el reverendo Delpuit recibía todos los días y a toda hora, en visita particular, a aquellos jóvenes que quieren ir a verle.

Las visitas individuales continuarán teniéndose, pero desde ayer domingo, las asambleas generales han sido suspendidas, hasta el primer domingo después de Todos los Santos.

He querido aclarar este hecho y me he enterado de esto: el reverendo Delpuit tiene una capilla en su casa y dice la misa todos los domingos de 7 a 8 horas de la mañana y algunas veces también los otros días de la semana. Estas misas las ayudan los jóvenes de la asamblea por turno. Ayer domingo tuvo lugar una de esas misas. Entre las 8 y las 9 horas, después de dicha la misa, todos los jóvenes de la asociación se presentaron sucesivamente. El portero, siguiendo la consigna que había recibido, se negó a dejarles subir, con el pretexto de que el reverendo Delpuit estaba enfermo. Los jóvenes insistieron y varios subieron a sus apartamentos para hablarle. El Sr. Delpuit les confirmó a todos que suspendía sus asambleas hasta el primer domingo después de Todos los Santos y que las visitas personales continuarían como en el pasado.

He indagado si era verdad que el reverendo Delpuit estaba enfermo y he sabido claramente que esto no era más que un pretexto. Este eclesiástico es admitido en casa del cardenal Fesch. Ve en la intimidad al Rev. Marduel, párroco de San Roque, a los Srs. Bordry hermanos, de Santo Tomás de Aquino, al párroco de San Sulpicio y a la mayoría de los sacerdotes de Nuestra Señora.

FOUDRAS.

3

CORRESPONDENCIA DE CONGREGANTES

Lión, miércoles 22 de junio de 1808¹¹.

Los Srs. de Montmorency y de Noailles han marchado esta mañana después de una aparición de tres días en nuestra ciudad. Han querido darnos especialmente la sesión de ayer tarde, deliciosa reunión que no olvidaré en mi vida. Nuestras primeras cuestiones se refirieron a nuestros amigos de París, sobre aquellos que habíamos tenido la dicha de estrechar en nuestros brazos, sobre el ardiente Sr. de Janson, que nos electrizó el año pasado en una reunión general con la lectura de algunos fragmentos de la carta de uno de sus amigos, otro él mismo, de un alma, de un corazón de fuego, del que describía los arrebatos, las delicias que se saborean en la Mesa del Señor, en el lenguaje de esta ardiente caridad que solo se experimenta en el cielo. En medio de estos recuerdos, nuestro querido du Coin, que tuvo la felicidad de visitarle, nos dijo que, más feliz que nosotros, había oído al autor de la carta en discursos donde se explayaban su alma y su corazón hablando del amor del Señor, que había saboreado a grandes rasgos este encanto fascinante, esta unción angélica. El Sr. de Noailles exclamó: «¡Oh, sí! es un ángel, nuestro querido y único Baume¹²». Juzgue usted la revolución que produjo en mí este nombre tan conocido. No puedo más que decirle con precipitación y turbación: «¿Es Bouquet? ¡Oh, qué grande es la misericordia de Dios! Ella nos llama. Ella nos reúne. Con qué delicia me recojo algunos instantes en mí mismo, para agradecer a mi Dios las

¹¹ AA-317: 55.

¹² *Sic* en el texto. Se refiere a Beaumes. También aparece en estas cartas como Beaume (N. E.).

gracias señaladas por las que me ha traído a él y que me ponían en la situación de conocer en este momento aquellas con las que él le ha favorecido a usted así como la manera como debía yo, a ejemplo suyo, rendirle mis eternas acciones de gracias. ¡Oh! ¡Qué felices somos al poder hacer algo por este Dios de clemencia y de amor infinito! No debemos desear ser recibidos en este momento en su eterno reposo. Somos sus discípulos, debemos ser sus apóstoles, debemos predicar, combatir para merecer su eterna recompensa obteniendo para los demás, por todos los medios, estas gracias de que nos ha colmado. ¡Qué felicidad para mí renovar en el Corazón de Jesús y de María una unión formada en nuestra primera juventud y que parecía que no podía seguirse. Sus ocupaciones de todo tipo le absorben a usted por completo. Pediré sin embargo noticias del buen Augusto. El Sr. de Noailles me ha dicho que no tenía la felicidad de estar cerca de usted. ¿Debemos rezar o dar gracias por él? Con enorme placer me enteraré de buenas noticias de sus padres y del Sr. Roche.

Le hago llegar la presente por medio del Sr. de Noailles, a quien se la dirijo a Ginebra. Está ya muy lejos de nosotros así como su compañero de viaje. Estos ángeles nos han animado con el abrazo fraterno y esperamos conservar siempre este buen olor que han dejado entre nosotros. No nos volvemos a ver esta mañana más que para repetirnos: «No tenemos más que un modelo en la tierra, los amigos de París, ni más que un solo grito: ¡Siempre adelante!». Sí, siempre adelante por la causa de Jesús y bajo la bandera de María, trabajando por la gloria del Hijo, protegidos por su Madre todopoderosa. El Señor bendecirá nuestros débiles esfuerzos, que son obra suya, como todo lo que tenemos y lo que se ve de bueno en nosotros, de lo que le pertenece todo el honor y tendremos desde este mundo los consuelos que hemos hecho saborear a nuestros antecesores en el camino de la virtud, viéndolo tomar y siguiéndolo con aquellos a los que el Dios de misericordia toque y conduzca a la fidelidad perfecta donde experimentaremos de manera plena, entera, la felicidad expresada en estas palabras del profeta: [*¡Qué bueno y qué hermoso habitar los hermanos unidos!*]¹³. No puedo estrecharle en mis brazos así como a mi hermano que, como otro yo, comparte todos mis sentimientos, pero el corazón de María es el hogar donde nos reunimos todos para jurar eternamente: [*Un solo corazón y una sola alma*]¹⁴.

Francisco Vespres, primogénito.

En los Uttins, cerca de Rolle
Cantón de Vaud, Suiza
26 de junio de 1808¹⁵.

Soy yo, mi queridísimo cohermano, quien me aplico estas buenas palabras: «¡Oh! qué feliz es uno de ser amigo de los amigos de Dios», de este buen Beaume, este incomparable cooperador, este alma creada para mi felicidad y la de muchos otros, este espíritu tan elevado y tan modesto, este hombre pleno de cualidades que unen tan fuertemente a él. ¡Qué rápidamente vienen las lágrimas cuando se piensa en él estando separados! Agradezco a nuestro Buen Dios que me haya hecho conocer a un ángel como usted. No conozco mi felicidad y cómo me la ha dado Dios.

He hablado de usted a todos los hermanos con los que me he encontrado y voy a darle una buena prueba.

Siento que mi carta se le hace odiosa a causa de los cumplidos, pero en general se dice *in vino veritas*; la ausencia es una cruel borrachera y entonces no sabe uno ser discreto. Sí,

¹³ *Ecce quam bonum et quam jucundum habitare fratres in unum!* (Sal 133,2).

¹⁴ *Cor unum et anima una.*

¹⁵ AA-317, 50. La carta parece del Sr. de Noailles.

querido, Dios me paga el céntuplo mi deseo de servir a los pobres con la adquisición de un amigo tan seguro y tan hecho para ser amado.

Si quiere que le pruebe que hablo de aquellos a los que nunca abandono, escuche la historia entera. Nuestros hermanos de Lión nos recibieron al Sr. de Montmorency y a mí con un afecto, una cordialidad que supera lo que se puede imaginar, visitas frecuentes, testimonios de cariño, marcha a la iglesia en comunidad, procesiones del Santísimo Sacramento donde ponían a los parisinos a la cabeza, todo iba lo mejor, cuando la víspera de nuestra partida me invitaron a una cena más allá de Pont Morand (conoce usted Lión, creo). Allí, una reunión de lo más selecto de los lioneses nos recibe espléndidamente en un lugar retirado. Se inició una conversación realmente encantadora. Se cuentan las buenas obras por las que nos vemos superados. Se habla de Carlos de Janson, que fundó todas las grandes obras de Lión y de París; es literalmente el apóstol universal. En fin, uno de los Srs. Vespres dice: «Este buen señor nos leyó un día un fragmento de carta de uno de sus amigos que es un modelo de fervor y de piedad. Quisiera conocer al autor, sobre todo porque lo he oído nombrar al Sr. Beaume y conozco a una persona de ese nombre muy alejada de este género de fervor, que ha estado siempre en las normas de la probidad pero un poco alejada de la piedad por sus gustos y sus ocupaciones».

«Señores, les dije, hablo de él desde hace media hora sin nombrarlo, y este hombre ha nacido una segunda vez, pues es el mismo Sr. Bouquet-Beaume». Los dos Vespres saltaron de alegría, me abrazaron y todo el resto del tiempo, me decían: «¡Qué! Que mi buen Bouquet, mi camarada, mi compañero de estudios, es un amigo de Dios, ¡no me lo puedo creer de la alegría que me da!» Repitió veinte veces estas palabras y yo me sentía emocionado hasta el fondo de mi corazón.

Está usted equivocado, querido amigo, si se ocupa de mis sentimientos hacia Portets; son muy fuertes, pero no pueden ser iguales en proporción con los que usted me inspira. Es mi hermano, *mi amigo*, y él es *de mis amigos*, aunque de mis buenos amigos. Tiene razón al decir que cada día se une uno más a él: es un joven muy distinguido y en quien el corazón vale aún más que la mente. ¡Qué elogio para un espíritu como Portets! Es singular cómo el contacto de ese trozo de cobre que se toca en la Caridad inspira cariño, pero los buenos Larcher, Regnier y Loménie me inspiran una unión y un interés muy verdaderos. Pienso en ellos y en sus éxitos con una alegría perfecta. Me sorprende sin cesar hablando de ellos a mis pobres enfermos.

Estoy encantado de que se haya establecido la sumisión y el orden jerárquico; es una de las cosas que aprecio más; no hay familia ni casa que prospere sin jefe.

Las procesiones del Santísimo Sacramento en Lión son de una belleza admirable, hermosas a fuerza de ser simples. Pero lo que más emociona, es la afluencia que se ve en las iglesias para la bendición del Santísimo Sacramento durante la semana y la Bendición. La plaza que hay ante cada iglesia está literalmente llena de gente y en la iglesia hay más gente que el día de Pascua en Santo Tomás de Aquino; y todos se arrodillan en el suelo sin excepción.

El Sr. Mathieu y yo estuvimos con un cohermano asistente a ver al Rev. P. Rauzan. Terminaba su procesión en los Cartujos. Entró en la sacristía con un aire tan interior, tan virtuoso, tan piadoso, y a la vez tan normal y sin afectación, que me pareció que jamás nos había hecho un sermón más hermoso. Nos costó sacarle de esa preciosa meditación y le dijimos: «Debe estar usted fatigado». Y nos contestó: «Ha sido un gran día, ¡qué día tan hermoso!».

¡Cómo espero, querido amigo, obedecerle pronto como los otros! Su gobierno habrá atraído predicadores y Carlos continuará su línea. Yo lo único que quiero es asociarme a las obras santas, pues son emprendidas y necesarias para los enfermos, para nosotros, y para la edificación general.

Pero no hace falta que los asnos manden. Soy infeliz en este país donde estoy rodeado de paganos, pues no sé cómo nombrar a los protestantes que no tienen fe, ni ley, pues cada uno cree lo que le parece. Hable bien de mí a mis queridos hermanos de la calle San Guillermo y de la Caridad. Póngame a los pies de nuestro hermano Dulondel y del Sr. Del, pidiéndoles su

bendición. Hable de mí, se lo ruego, a sus excelentes padres. Escuche mi voz que le ruega que pida por mí. No le abandono jamás; pienso en usted de continuo; agradezco a Dios que me haya dado tal amigo. Pronto le escribiré (siento mucho que se haya adelantado, pues yo acabo de llegar), y luego a nuestros hermanos. Le quiero con ternura. Siga escribiéndome aquí.

Aviñón, 21 de septiembre de 1808¹⁶.

Si he diferido tanto escribirle, mi muy querido amigo y hermano en Nuestro Señor, es un poco por culpa suya. Seguía creyendo que el correo del día siguiente me iba a traer por fin el consuelo que me rehusaba el del día anterior. Pero al fin la paciencia se pierde y sería demasiado sacrificio a realizar que no me estuviera al menos permitido comunicarle algunos de mis pensamientos durante este tiempo de exilio. Digo *exilio*, y es verdad, aunque esté ahora con un padre al que amo con ternura y cuyo trato agradable, amable y piadoso me colma de alegría. No puedo sin embargo impedirme suspirar por mi celda y lamentar el empleo de mi tiempo, que paso, por otra parte, de manera mucho más agradable y cómoda aquí. Son un poco las delicias de Capua, pero le aseguro que mi corazón, por cobarde que sea, se encuentra sin embargo muy desatado y suspira por los trabajos y oprobios de nuestra santa cruz.

Esta mañana he tenido la dicha de recibir la santa comunión y he pedido mucho la gracia de fidelidad a mi santa vocación, como san Mateo, que abandona todo a esta palabra de Nuestro Señor: [*Sígueme*]¹⁷. Ah, mi bonísimo hermano en el amor de este divino Maestro que se escogió él mismo y llamó a sus discípulos, ¿no estará usted, pues, muy pronto en estado de responder a esta voz misericordiosa del Salvador Jesús, que se ha dejado oír ya tantas veces? Sí, pronto, lo espero y lo creo, pronto conocerá de otra forma que por mi narración el encanto y las dulzuras inexpresables ligadas a las adorables huellas del Salvador. ¡Oh! qué pocas personas son hoy bastante favorecidas por él para escuchar decir de su boca sagrada: [*Sígueme*] y que mil veces serán felices en esta vida y en la otra todos aquellos que, a ejemplo del gran Apóstol de este día, hayan despreciado toda consideración humana y hayan *dejado la oficina*, para seguir a Jesús.

Nuestro amigo de Aix ha sido muy fiel a esta divina gracia y, dejando todo por el amor de Dios, se asegura de que le servirá para todo. Estaremos ahí los dos el 10 o el 11 de octubre.

Para no olvidarlo yo mismo al escribirle, le ruego que riña mucho a ese bribón de Alexis, que me deja tanto tiempo sin ninguna noticia de él ni de su hermano. Vi a su tía, la Sra. de Montaigu, en Rolle; he visto al Sr. Voirin, párroco de Ginebra, al Sr. de Solles, obispo de Chambéry. Todos me han hablado mucho de él y he cometido el error de ponerlo bien ante ellos.

Adiós, querido y buen amigo, a pesar de mi cólera contra ese cura tan poco reverendo, lo abrazo, así como a usted, con todo mi corazón. Adiós. Roguemos los unos por los otros. No me quedará más que 24 horas en Lión. Si tuviera usted algunos otros encargos aparte de los del Sr. Vespres, escíbame de inmediato, a la lista de correos en Lión, donde estaré el 4 de octubre. Recuérdeme ante *todo nuestro querido seminario*. Mis respetos a los Srs. Emery y Duclaux.

No olvidaré a su Sr. padre ni a su Sra. madre. A la mía no la veré más al menos este año: diversos asuntos la retienen en Ginebra y le hacen faltar a mi cita de Lión.

no firmada; quizá de Forbin-Janson.

¹⁶ Archivos de la Prefectura de policía, París: AA-317. Asunto Beaumes. La carta va sin firma, tal vez sea de Forbin-Janson a Bouquet Beaumes (como se dice al final).

¹⁷ *Sequere me* (Mt 9,9).

Al Señor Bouquet-Beaumes, en la Dirección de los Dominios, calle del Arrabal Poissonnière, n. 37, París.

■

Ussé, 11 de noviembre de 1808¹⁸.

Mi excelente Beaumes:

No le olvido un instante, y nada más llegado aquí, necesito hablarle de todos mis tiernos sentimientos. Usted se comunica con nuestros angélicos amigos y, al escribirle yo a usted, encontramos un medio de comunicarnos todos.

Hace ya dos días que llegué aquí, en buena y perfecta salud. Estoy afligido por estar alejado de esa estufa que nos calienta incluso cuando no está encendida. Me reprocho de abandonar demasiado a nuestros pobres y de no merecer quizá las recompensas que Dios reserva a aquellos que le sirven aquí como se debe. Nuestro admirable Feutrier, por su piedad compasiva y su caridad sin límites, vino a ponerse al frente de nuestra obra y a mostrarnos lo poco que significan unos pobres laicos. Estoy abrumado por todo lo que este joven diácono nos muestra de piedad y de entrega a los enfermos, él que tendría tantos medios de brillar en el mundo y que podría legítimamente entregarse a sus talentos para predicar, olvidando a los enfermos. Mi excelente amigo, Dios nos da en este tiempo cálices de madera y sacerdotes de oro. Pienso con frecuencia en lo que sale de este seminario de San Sulpicio y cuando veo a estos Bruté, Apères y Feutrier, le aseguro que me siento enternecido y que le doy gracias a Dios con toda mi alma. El Papa es el modelo de estos ángeles: nada de ruido ni de relumbrón, sino una piedad fuerte y un celo a toda prueba.

Si yo no hubiera llegado para la Presentación de la Santísima Virgen, no tendría que olvidarse de hablar usted, la tarde de la ceremonia que se tiene en el seminario. Nuestro ángel Feutrier debe mirar nuestras minucias como indignas de él, pero hagamos valer nuestras naderías; todo lo que puede abrir el corazón es bueno y, en los designios de Dios, hay que tener muy en cuenta la ventaja de dar ojos a esta gente que no los tiene y de mostrarles que todo, hasta el *Dominus vobiscum* tiene un carácter eterno. Usted piensa como yo que, estando instruidos en las ceremonias exteriores para su retorno al mundo, sabrán entenderlas y aprovecharlas mejor. Que Feutrier, nuestro *Pablo*, nuestro *Apóstol*, asuma el [*pero nosotros serviremos con la palabra*]¹⁹ y nosotros, que no somos predicadores, nos ocupemos de las minucias.

Mil saludos a F. Carlos de Janson, a F. Feutrier, a F. Larcher el Gruñón. A nuestros buenos superiores del seminario, mil cosas respetuosas. Hable bien de mí a la señora Donnée, y convéznase de que le quiero con toda mi alma.

No olvide hablar de mí a aquel que hace oraciones de estilo heroico. Hosanna al hijo de David.

Estaré en París el viernes o sábado próximo.

(A. de Noailles).

M. Bouquet Beaumes, calle de la Sourdière, n. 31, París.

■

¹⁸ AA-317. Asunto Beaumes. Carta del Sr. de Noailles a Bouquet-Beaumes. La carta está sellada en Azay-le-Rideau, el 14 de noviembre de 1808.

¹⁹ *Nos autem ministrabimus sermoni.*

Al señor J. B. Hte.²⁰ Lafon
Lista de correos, Paris²¹.

Adiós, mi querido Lafon, se dará cuenta de que le escribo a toda prisa, porque no tengo ni un momento. Aquí se habla de la supresión de las pensiones eclesiásticas y del exilio del Papa en Francia. Es todo lo que circula.

Le abrazo de corazón y soy para toda mi vida su bien sincero amigo.

Estebenet.

P.S. El Reverendo Sicard, que ha pasado unos días en nuestra ciudad, se ha hecho recibir en la Congregación.

■

Burdeos, el 29 de agosto de 1809²².
Una copia.

Su carta del 23, así como las dos precedentes, me llegaron muy bien, mi buen y digno amigo. Ya respondí a las dos primeras y estoy disgustado por el retraso que han tenido.

La primera le debía haber sido remitida por mano del Sr. Justus, a quien se la había dirigido en el sobre del Sr. Augnié, director de Correos, para que le llegara a usted más rápidamente. Visite a ese señor Justus, calle de los Santos Padres, en la casa donde me alojaba yo, y dígame mi sorpresa de que no le haya remitido la carta que iba inserta en la suya, y que no haya respondido a la que le escribía a él. Si le dice que no la ha recibido, que vaya de inmediato a reclamarla al señor Augnié. He escrito a nuestra buena amiga, de la calle Santiago; ella le habrá comunicado sin duda mi carta en la que hay muchas cosas para usted.

En estas dos cartas le hablaba de la rápida venta de las mercancías que había traído de París, y le rogaba que me enviara más de la misma calidad. Su última me informa de que ella me ha hecho un envío el 25; iré personalmente a hacerlas descargar y me apresuraré a acusarle a usted recibo de ellas.

Estoy bastante contento de nuestros negociantes de Burdeos. He visto a casi todos y me inspiran la mayor confianza. Hay algunos que ocupan los primeros puestos y de los que no estoy muy satisfecho. Son débiles, cobardes, sin energía en su parte de negocio. No se atreven a emprender nada por miedo a que la guerra les ocasione pérdidas. Los veo con frecuencia, les comunico mis ideas, las adoptan, pero en la práctica es otra cuestión. Yo que soy vivo, activo, emprendedor e incluso ardiente en los negocios, quisiera que me secundasen para hacer negocios brillantes y poder descansar en la vejez. Y sin embargo por el interés que usted, en particular, ha tomado en el éxito de mis empresas, puedo asegurarle que todo va por el momento superando mis esperanzas; le debo toda mi felicidad, y la de varios otros dependerá de usted también... Siga haciendo el bien; un alma tan generosa como la suya encuentra en sí misma su propia satisfacción, y el que prometió recompensar un vaso de agua dado en su nombre proporcionará la recompensa al bien inmenso que hace.

Paso a temas que me interesan mucho. Haga el favor de confirmarme la noticia que se extiende por Burdeos y en la que se cree, porque nuestro buen arzobispo ha recibido del Sr. Faubert una carta que anuncia el tema de la petición que le hago a usted. El Sr. Thierry ha recibido también una en el mismo sentido.

²⁰ Hyacinte (Jacinto).

²¹ AA-318, 180. Sellada el 16 de julio de 1809.

²² Prefectura de Policía, una copia, AA-317, 105 y 106. Carta de J. B. Jto. al Sr. de Noailles, sellada en Burdeos y vuelta a sellar a su llegada el 2 de septiembre de 1809.

Estas dos cartas aseguran que el Emperador se ha enterado con la mayor indignación del tratamiento que dos generales habían hecho sufrir al Santo Padre; que en adelante sería tratado con más miramientos, y que probablemente se pronunciaría la destitución contra ellos. Se añade que el Emperador va a aumentar el número de canónigos, así como la paga de los Párrocos, y que por fin el clero puede estar al abrigo de toda inquietud.

Tengo, como se lo he dicho siempre, y como se lo decía al señor Jaubert, en París, la mayor confianza en las intenciones del Emperador. No he variado nada, pienso ahora como pensaba entonces, y creo que todo se resolverá de manera favorable. Pero yo decía al reverendo Thierry que me ve frecuentemente y del que estoy muy satisfecho, así como a algunos otros miembros del Consejo del Sr. Arzobispo, que esta noticia merecía ser confirmada. Dígame una palabra, por favor, en su próxima. Cuente siempre con mi amistad. Le quiero de verdad con todo mi corazón. ¿Cómo no quererle, a usted que es tan amable? Al quererle, es a la virtud a lo que se quiere.

En lo referente al artículo de mi comercio tengo que pedirle la mayor discreción. No confíe ninguna de mis operaciones a nuestros amigos de Burdeos. Ni en caso de enfermedad quisiera nombrarle a nadie. Es raro encontrar hombres lo bastante versados en esta parte; bastante honrados, bastante reservados y sobre todo bastante animosos para correr el riesgo del azar, en un tiempo en que los ingleses bloquean todos nuestros puertos. Nadie sabe aquí los servicios que usted me hace, por lo menos de forma concreta. Me complacerá recomendarle algunos de nuestros amigos de Burdeos, pero no les diga nada de nuestros negocios. Sin duda son muy honrados, pero la honradez no es suficiente. Abraze cariñosamente en mi nombre a nuestros buenos amigos, y sobre todo a aquel con el que me llevó a comer. No olvide a Giresse. Un abrazo.

J. B. Jto...

Y va sobreescrito:

Señor Alexis de Noailles, plaza del Cuerpo Legislativo, n. 79, en París.

Sellada en Burdeos, y contrasellada a su llegada el 2 de septiembre de 1809.

Extracto de una carta dirigida al P. Delpuits, por R. de Mac-Carthy

CONGREGACIÓN DE PARÍS.

Seminario de Misiones, Chantilly²³.

Toulouse, 18 de noviembre de 1807.

...El eclesiástico que debe ser nuestro jefe, el mismo que ya le ha escrito sobre este tema, el reverendo de Chièze, alumno del Seminario San Sulpicio de París, está dispuesto a organizar nuestras asambleas.

Otro extracto del mismo al mismo:

Toulouse, 23 de noviembre de 1808.

El Sr. de Chièze, que comparte mis sentimientos hacia usted, me encarga que le salude en su nombre. Seguimos estando muy contentos de tenerlo como jefe. Nos da unas excelentes conferencias. Al Sr. Serres le parece que se pueden soportar nuestras reuniones, incluso conociendo las de ustedes. Le suplicamos que nos encomienden a las oraciones de todos nuestros piadosos cohermanos y que no nos olviden ante el altar. En cuanto a mí en particular,

que estoy afligido a diario por no estar cerca de usted, tengo necesidad para consolarme de poder pensar que me conserva un lugar en su recuerdo y que se interesa por mí ante Dios. Espero que llegue su hora para ejecutar un designio en el que estoy más interesado que nunca desde que me mostró hasta qué punto lo aprueba.

Me atrevo a rogarle, señor, que exprese mi amistad y la de mi hermano al Sr. de Breteuil, Regnier de Saint-Hilaire. Voy a escribir a Mateo de Montmorency. Lo que me informa del doloroso estado de la Sra. Eugenia me da una enorme pena.

Reciba, señor, la expresión de los sentimientos tiernos y respetuosos que le tengo en Jesucristo.

Su muy humilde y afectuoso servidor.
R. de Mac-Carthy.

Extracto de una carta del reverendo Bruté al P. Delpuits

Rennes, En el Seminario.
Domingo tarde, 4º de Cuaresma

Padre mío, mi verdadero padre para siempre:

¡Que el buen Dios colme sus días con sus bendiciones más tiernas! ¡Y que las prolongue también para nosotros, para todos los que él le dio y que usted le guarda tan bien, el buen Augusto, el digno Sr. Mateo, el digno Alexis! Pero que otros también, más queridos quizá al Señor en el secreto adorable de su rostro; que otros por lo menos a los que yo amo y respeto con ellos en un solo corazón, Beaumes, Bertrand, Binet, d'Harenguiers, Larcher, Emery, Reignier, Cahier etc., etc. Se lo ruego, nómbrame al menos una vez entre todos los que se dignan acordarse de mí. El Buen Dios me perdonará estos recuerdos demasiado vivos, es para tener sus oraciones. [*¡Un solo corazón! ¡Un solo corazón!*]²⁴. ¡Hasta la gran eternidad!

Padre mío, nuestro verdadero padre.
Su hijo más respetuoso y más tierno.

Bruté.

Lafon a Noailles²⁵
De Burdeos, 8 de enero de 1809.

Muy respetable cohermano: he leído su amable carta del 12 del mes pasado con el más vivo placer. Me alegró mucho saber que el Sr. Giresse había sido recibido por nuestros amigos de París con los sentimientos de fraternidad que expresan con tanta generosidad para con nuestros jóvenes de Burdeos. Me han encargado que le agradezca de parte de todos nuestros cohermanos la buena acogida que le han testimoniado ustedes, así como los sentimientos que usted le [ha] expresado.

Les he leído la parte de su carta que había que leer, y todos se mostraron encantados de su buen recuerdo.

En este momento habrá recibido a un nuevo cohermano, el señor Hontarède, al que encargué una carta para usted. Por favor dé mis recuerdos a uno y al otro y que nos envíen sus noticias.

Estaba yo casi obsesionado en los informes que le pedía, pero estaba muy contento de tener su parecer, por la atención que le presto. Creo como usted que matar al infame es el

²⁴ *Cor unum! Cor unum!*

²⁵ Archivos Nacionales, París, F⁷ 6538, exped. 1726. Llegada a París el 14 de enero.

motivo secreto de todas las diligencias de las personas que quieren renovar todo. Esta persuasión íntima me frena en mi carrera y me impide avanzar.

Le había pedido un puesto para un eclesiástico al que harían mucho caso en París, si conocieran sus talentos para la enseñanza y sus virtudes. Lo único que le puedo decir es que reúne todas las cualidades para ganarse el cariño de los jóvenes, que tiene talentos especiales en este campo y que al mismo tiempo que forma la mente, se ocupa del corazón. De modo que daría una educación completa. Si hubiera que darle a usted información más amplia, todo el clero de Burdeos se apresuraría a satisfacerle. El reverendo Rozan sobre todo no sería el último. Las circunstancias del tiempo le determinan a tomar esta orientación; quiere conservar los principios que siempre le han sido queridos; teme el futuro y el partido podría ponerle al abrigo de toda inquietud. Puedo asegurar de antemano que este personaje convendrá a aquellos a quienes lo proponga usted; aseguro además que estarán encantados de tenerlo, que no le faltan ni carácter ni virtudes; puedo incluso asegurar que el niño o niños que se le confiaran harían, según sus disposiciones, progresos rápidos bajo su dirección. Mire pues, mi querido señor de Noailles, si la buena fortuna, o, por hablar más en cristiano, la Providencia no se serviría de usted para hacer ese servicio más bien a aquellos que tuvieran la fortuna de tenerlo que a él mismo. Si tuviera alguna cosa buena que decirme al respecto, habría que aclararme sobre las ventajas que se le darían, o sobre la suerte futura que se le reservase.

Ponerle a usted en situación de servir a la causa de Dios, de ganar almas para Jesucristo, es tomarle por la parte sensible de su corazón, es interesarle plenamente sin ningún temor a desagradarle. Por eso me tomo hoy la libertad de asociarle a una buena obra que empecé en Burdeos, pero que no pude terminar porque seguramente no lo merecía, y que usted emprenderá con mayor éxito que yo en París. Se trata de esto.

Tiene en su capital a un joven que pertenece a una de las más honorables familias de Burdeos, que nos interesa mucho a mí y a varios cohermanos, cuya salvación nos es muy querida y por el que haríamos los mayores esfuerzos, si pudiéramos hacerle amar la religión.

El señor Fourcade –es el nombre del joven– está colmado de talentos, tiene un carácter muy amable, un corazón sensible, pero por desgracia corrompido por la impiedad y por el vicio, que conoce todo, que ha leído todas las malas obras contra la religión y que en Burdeos no ha tenido otra compañía que la de algunos viejos libertinos que han pervertido sus costumbres y corrompido su inocencia.

Este joven pertenece a la familia más cristiana de Burdeos; recibió en su juventud los principios de la religión; ha conservado un fondo de fe que trata de ahogar con la impiedad y el libertinaje. A este joven le atrae la gente instruida porque él lo es también mucho en todo lo que no sea la religión. Hay que desconfiar también de los sentimientos que expresa, porque, en materia de religión, hablará con las personas que sepa que la practican como persona que la aprecia; se hará incluso el devoto, con el fin de hacerse querer.

Ese es el retrato de este joven: muchos vicios, mucha impureza, habilidad, astucia, instrucción y sin embargo sentimientos de fe que se manifiestan de vez en cuando.

Y ahora está en París, separado de sus amigos que lo han perdido, de sus pasiones que encontraban aquí de qué alimentarse, y de su familia por la que conserva una gran veneración. Las circunstancias parecen favorecer la buena obra que le recomiendo. Hará falta, en concierto con sus amigos, arrancarlo de la irreligión y ganarlo para Jesucristo. Emprenda esta buena obra; quizá el cielo corone sus trabajos; su familia le bendecirá y no cesará de pedir al Señor que le colme a usted de sus bendiciones.

Él ve con frecuencia al Sr. Destaret, al que ha sido recomendado, pero los jóvenes inspiran más confianza que el sacerdote. Por eso voy a enviar una carta de recomendación de sus padres para usted, para que él se la remita y trabee conocimiento con usted. Haga como que ignora todo, ya que sin eso todo fracasaría. Cólmele de amistad; ayúdele, si puede; hágale hacer conocimientos preciosos; no le hable de religión más que cuando haya ganado su confianza.

Le escribo a usted un correo previo para que se fije en lo que a este joven se refiere y tenga tiempo de preparar sus medios para hacer de él un hijo de Dios. Él le llevará una de mis cartas, por la que se lo recomendaré. Voy a retrasar algunos correos para enviársela, para que esta le llegue a usted antes. En fin, mi queridísimo y respetable señor de Noailles, recomiendo esta buena obra a su celo, a su virtud, a su amor a Jesucristo y a su divina Madre. La recomiendo a nuestros fervorosos cohermanos de París. Quiera el cielo que nuestros deseos sean escuchados y que este joven acabe por amar la religión que no practica porque tiene pasiones, y que se convierta en un apóstol que edifique la Iglesia y la consuele del mal que ha podido hacer. Cuente con mi sincera amistad.

Me encomiendo a sus oraciones y a las de nuestros amigos.

J. Bta. J. Lafon.

P. S. No le hablo de su calesa. He dado los pasos necesarios para devolvérsela. He quedado de acuerdo con el Sr. Dupuis, quien la ha confiado a alguien que se la entregará. Creo que le ha escrito a usted.

■

Mateo de Montmorency,
al P. Delpuit, director de la Congregación.
+ En las aguas de Aix, 24 de julio de 1809²⁶.

Señor, he puesto la discreción posible para no importunarle antes con las noticias de mi viaje, pues eran las suyas las que me interesaban en primer lugar, por lo que deseando tenerlas muy exactas sin que se molestara en escribirlas, había rogado a uno de nuestros amigos que me las transmitiera con toda regularidad.

No puedo alabarme lo suficiente por su exactitud y ya no puedo soportar un silencio más prolongado, que nunca puede ser el del corazón para todos aquellos hijos suyos que tienen la desgracia de estar separados de usted.

Podría contarle narraciones bastante largas de mi viaje que no serían sin interés para su bondad tan paternal. Mi estancia siempre agradable igualmente en Lión donde algunos de mis jóvenes amigos, entre los que hay varios de sus antiguos conocidos, quisieron aún hacerme beber a la salud de usted algunos vasos de vino, que lo fueron de corazón; Valence donde los dos Mac-Carthy me pidieron noticias de usted con un profundo interés, donde Robert parece muy feliz en la respetable familia donde entró, esta misma Valence donde he visto con tanto respeto las muestras del martirio de Pío VI, cuyo corazón y entrañas están aún depositadas en una capilla bien mezquina; en Grenoble el señor Rivet y sus jóvenes amigos que conservan un recuerdo muy fiel de usted; los de Chambéry también que están privados en este momento de su jefe por un viaje que hace con el Señor Obispo por la diócesis, pero que encontraron todavía la forma de procurarme una reunión muy agradable donde estaba el joven Denarié que me habló mucho de usted: todo esto me procurará algunos detalles que darle a mi vuelta, por lo que no quiero más que indicarlo en este momento.

Tampoco he olvidado visitar la Gran Cartuja cerca de Grenoble; pero merece una mención particular un encuentro muy inesperado para usted, que he tenido hace algunos días.

Yendo de paseo con mi primo por la parte de las montañas de Italia, el pasado viernes 21, día de san Víctor, entre las 7 y las 8 de la mañana, vi pasar en Montmeillan –a 4 leguas de Chambéry– al Santo Padre, que había pernoctado en Aiguebelle. Iba en un coche de dos plazas, solo con un joven prelado italiano. Seguía un segundo coche, donde iban dos hombres con ropa gris; un tercero, lleno con algunos prelados italianos con un médico.

²⁶ Archivos de la Congregación de París, Seminario de Misiones, Chantilly.

Un cardenal, que creemos era el cardenal Pacca, había pasado la víspera con otros 2 coches.

El Santo Padre no bajó del coche durante los 10 minutos que reposaron los caballos. Parecía estar fatigado, pero daba aún con mucha bondad su bendición, que yo recibí varias veces entre la multitud. Lo escoltaban dos o tres gendarmes.

El Santo Padre, sin pasar por Chambéry, tomó el camino más corto para Grenoble, donde llegó el viernes por la tarde. Las cartas de esta ciudad señalan que parece que tiene que pararse aquí algún tiempo, que se alojará en la Prefectura, en la que en efecto se ha cerrado al público una puerta del jardín.

He creído que estos hechos, que serán conocidos necesariamente, tendrían algún interés para usted. Es un recuerdo que jamás se irá de mi memoria. Aprovecho con alegría una nueva ocasión de recordarle a usted y por usted a todos nuestros amigos a cuyo lado me transporto especialmente el domingo con un sincero recuerdo. Es agradable por lo menos, sentirse, a pesar de la ausencia, unidos por los mismos deseos y los mismos sentimientos. Sabe bien usted quiénes son los que le he encomendado, señor y respetable Padre, para esta vida y para el más allá. Deme también en pensamiento su paternal bendición.

Mateo Montmorency.

P. S. El señor Beaumes es el culpable que me había prometido noticias suyas, y del que nada he recibido. Debía usted tomarlo como secretario, por poco que le canse escribir, y dirija la carta hasta los primeros días de agosto a Aix, Departamento del Mont-Blanc, y después a Ginebra, Departamento del Lemán, a la lista de correos.

Señor Delpuits.

■

Lafon a Noailles²⁷

De Burdeos, 2 de agosto de 1809,
(encontrada en manos de Justus).

Me apresuro, mi buen y respetable amigo, a comunicarle mi feliz llegada a esta ciudad. Mis primeras gestiones, el mismo día de mi llegada, fueron cumplir los diferentes encargos que usted me había dado, ver a nuestros amigos, que han sentido el mayor placer al recibir por mí noticias suyas. Reciba mi agradecimiento por todas las bondades que no cesó de testimoniarme en París, de las que conservo un vivo reconocimiento.

Comuniqué a un gran número de literatos la última obra del Sr. de Laharpe, al que no conocían más que vagamente y que ha producido el mayor entusiasmo. Reuní a los favoritos de las Musas; se lo dí a conocer; hicieron extractos; lo hacen conocer a sus amigos. ¡Qué fuerza!, ¡qué vehemencia en todas las partes que trata! En el momento en que le escribo, más de treinta personas están reunidas alrededor de una mesa tomando notas. Tienen la paciencia de leerlo todo, de extraer e incluso transcribir todo, que será muy largo.

Antes de partir de París, me prometió hacerme llegar todas las obras modernas que tuvieran relación con la literatura. Cuento con su palabra. Tenemos aquí sociedades literarias que confían en mí para procurarles las mejores obras de ese género. A ejemplo de los miembros del Instituto nos gusta propagar los conocimientos y adquirir nuevos. En cuanto a mí, mi ardor en este punto es extremo. Lo comunico a todos mis amigos y ciertamente me consideraría extremadamente infeliz si no tuviera ningún medio de instruirme.

²⁷ Archivos nacionales, París, F⁷ 6538, doss. 1726.

Le dirijo esta carta en el sobre del señor Justus, que se la remitirá en mano. Trate de conocer a este joven que es bueno y honrado, al que quiero profundamente, pero que en una ciudad como París necesita un apoyo como el suyo.

Cuando vea a la señora y al señor Giresse, dígalos de mi parte todo lo que yo mismo podría decirles.

Dé un abrazo a todos mis amigos que lo son también suyos; que tengan en cuenta acordarse de mí.

Si tiene algo que enviarme, el señor Justus, que está muy unido al Sr. Auguié, director general de Correos, podría hacérmelo llegar de manera más rápida. Mire con él si la cosa es posible.

Sigo esperando con impaciencia la procuración y los poderes de la persona por la que se interesa, para negociar sus asuntos de familia. Cuando los tenga, no deje de hacérmelos llegar.

Adiós, querido amigo, le abrazo de todo corazón.

J. Bta. Jacinto.

Señor Alexis de Noailles, calle de la Universidad, cerca del Cuerpo Legislativo, en París.

■

C.U.A.U.L.S.J.C.²⁸.

[*Queridísimo*]²⁹,

Por fin he tenido la felicidad de recibir una carta suya; se la agradezco con todas mis fuerzas. ¡Ah! ¡Con qué avidez la he leído y releído! ¡Con qué satisfacción la volveré a leer siempre, pues ella me muestra que me sigue queriendo! No puedo expresarle de forma tan enérgica cuánto le quiero y le respeto. Todo lo que siento muy bien y le puedo asegurar, es que le quiero.

Le agradezco [*de todo corazón*]³⁰ el precioso regalo que ha querido hacerme, de un ejemplar de sus *Cartas a un amigo*. Las ganas y la comezón de leerle me habían procurado ya uno que conservaré siempre cuidadosamente en mi biblioteca. Para adquirir los otros ejemplares, me he hecho vendedor ambulante; voy a las parroquias vecinas y los llevo para las misas. Espero agotar mi paquete y darle el producto cuando tenga el vivo y ardiente placer de abrazarle aquí [*con el beso santo*]. ¡Oh! En primer lugar diré con toda mi alma: [*¡Qué hermoso vivir los hermanos unidos!*]³¹. Me agradecería infinitamente si me dijera cuándo tendré esta gozosa suerte, para no encontrarme ausente.

Me haría un enorme servicio y haría una muy buena obra, si pudiera estar aquí un domingo, para decir dos palabras a nuestra gente, que necesita mucho una lengua como la suya.

Esperando de su parte este agradable momento, le pido que conserve, que me continúe esa querida amistad y que me crea con el más vivo reconocimiento y amistad, querido amigo.

[*Tuyo como servidor y amigo*]³²

Favre.

²⁸ *Ibid.*, F⁷ 6535,8.

²⁹ *Percarissime.*

³⁰ *Totis ex praecordiis.*

³¹ *In osculo sancto. Quam jucundum habitare fratres in unum!*

³² *Mancipio nexuque tuus.*

P.S.- *Ora pro me*. Como el amigo Rey no tiene palabra, du Coin se halla reducido en la emb.

Al señor Rey, capellán de Monseñor el Obispo de Chambéry y de Ginebra.
CHAMBÉRY.

4

NOTAS DE ALEXIS DE NOAILLES AL INSPECTOR GENERAL Y AL JEFE DE POLICÍA

Prefectura de Policía³³.

Nota para el Señor inspector General.

Yo declaro, bajo fe de juramento, que la Asociación de que me ha hablado el Señor Veyrat, como existente en París, y de la que jamás rechazaré reconocerme miembro, es semejante en todo a las diferentes cofradías de las Parroquias de esta ciudad. Que es una reunión, poco numerosa, de gente que apenas se conocen. Que para ser recibido en ella, basta desear ser miembro de la misma. Que las dignidades de que el señor Veyrat me ha hablado, son verdaderas niñerías y no dan el menor derecho sobre los diferentes miembros de esta asociación. Que en las reuniones, poco frecuentes, nunca conversan juntos; solo se asiste a una instrucción y a la misa, donde nadie habla.

Declaro además que esta Asociación no forma un cuerpo determinado, que varios de sus miembros ponen en ella tan poco aprecio que nunca aparecen, y que además no impone ninguna obligación real. Nadie ha enunciado jamás ninguna opinión particular, sobre cualquier tema, ni siquiera en materia de religión. Todos los que la componen no han cesado de creer que el gobierno conocía esta asociación. Hay jefes de la administración, jueces, hombres de armas e ingenieros, que son miembros de esta Asociación.

Otras Asociaciones pueden existir también según quieran. Si hay alguna correspondencia, no tiene lugar más que entre particulares. Invito al señor Veyrat a que ponga esto a la vista de cada uno de los miembros que conoce, y me comprometo a incurrir en todas las penas imaginables, si uno solo declara alguna cosa contraria a esta exposición. Todos dirán que esta Asociación nada tiene que no sea muy conforme a las miras del gobierno.

Si no quiere uno dar ninguna fe a este juramento de un hombre de honor, yo me complazco en decir que veinte encarcelaciones y mil búsquedas no darán a conocer jamás nada más positivo y más exacto que este enunciado. Quiero, para terminar, avergonzar a personas que conocen todo esto mejor que yo, y antes que yo. Pudiera suceder que esta declaración tan sincera fuera leída ante ellos. Están educados en dignidad y colmados por los beneficios del Emperador, y son también miembros de esta Asociación que se quiere proscribir. Sí, un desgraciado prisionero que no tiene nada de que avergonzarse, les hará avergonzarse de su debilidad. Si no tienen el valor de venir a visitar a su *cohermano* (pues las puertas de las cárceles no se cierran a gente como ellos). Si no se apresuran a firmar una declaración como la nuestra, con juramentos como los nuestros, a atestiguar que somos verídicos, que al menos ellos, que son los *cohermanos* de lo que hay de más grande en el estado, den explicaciones al gobierno y no cierren despiadadamente, y por una vergonzosa

³³ AA-317, 108.

cobardía, su corazón al placer tan real de haber obedecido tanto a los deberes de su puesto como a los derechos sagrados de la amistad.

El señor Inspector General conoce todos mis respetuosos sentimientos.

Alexis de Noailles.

■

A su Excelencia, el señor Prefecto de Policía, Consejero de Estado,...³⁴.

En su hotel, personal.

Señor Prefecto:

Estoy tan contento de mi agradable conversación con su Excelencia, que me creo obligado a agradecerle su amable interés por mí. Verá usted si soy un personaje atrevido. Voy a ponerme ya a pedir. Tengo un pequeño vecino, bueno y muy agradable de tener en un retiro tan serio como este donde yo me encuentro. Así pues, si vuestra Excelencia quisiera, ya que nuestros interrogatorios han terminado, concederme el favor señalado de hacernos habitar en la misma celda, mis ocho días de cárcel me parecerían olvidados y yo no olvidaría jamás su amable bondad.

Reciba, Señor, todos los respetuosos sentimientos de su respetuoso servidor y pobre prisionero.

El vecino del que hablo es el señor Giresse.

Alexis de Noailles.

Este sábado.

■

NOTA para el Señor Inspector General³⁵.

Mientras estoy sometido con resignación y sin quejarme lo más mínimo por la severidad de su arresto, ¿hubiera podido esperar, señor, que vinieran aún a turbar el reposo de mi conciencia aplastándome con un nuevo dolor?

Escucho, a pesar de las rejas que me encierran, la despedida desgarradora de una madre cuya ternura conozco, y los abrazos de su hijo que usted le arranca, porque *una vez* es nombrado en mi correspondencia.

¿Tan criminal encuentra usted esta correspondencia?, ¿y mis relaciones también? – Me siento hoy, creo, animado de todo el valor y de toda la sensibilidad de mi madre, a la que perdí en el cadalso con casi toda mi familia, y quiero decirle, sin disimulo, que estoy indignado de verle encarcelar y atormentar a gente tan inocente como la misma virtud. Y todo eso, – ¿podría imaginarlo?– ¡por mí, por causa mía, que estoy tan resignado, tan sumiso, tan lleno de honor, tan incapaz de la mentira más leve! Le he dado una palabra sagrada, que todo esto era un asunto de curiosidad sin ninguna consecuencia, y va usted y hace arrestar a gente que apenas tiene alguna relación conmigo. Así es como se envenenan las cosas más simples.

Desde ahora, pues, escucharé cada día el ruido de esos fatales coches que me anunciará nuevas víctimas a las que la menor relación conmigo hundirá en el más cruel dolor. Ya Beaumes está encarcelado desde hace casi 15 días, y no es casual que me entere de que un

³⁴ AA-318, 258.

³⁵ AA-318, 232.

desgraciado, al que apenas conozco desde hace ocho meses, haya sido arrancado a su madre que lo ama por encima de toda expresión, y llegue a compartir mi prisión.

¿Qué otro sentimiento voy ahora a inspirar a esta gente? Maldecirán a un hombre al que deben sus males. No, señor, no me felicitaré ya de su delicadeza para conmigo, no creeré ya en sus promesas. Le conjuro, solamente, si hoy mismo no devuelve el hijo a su madre, al menos, confrónteme con ese pobre recluso, para que, ante usted, por mis juramentos y los testimonios de mi dolor, pueda yo darle total certeza de que soy causa totalmente inocente de su desgracia. Así probaré al menos con ello que llevo en mi corazón el dolor de su madre, que de seguro usted comparte también.

¿Qué sucederá con tantas encarcelaciones? Se inquietará a muchísimas familias a pesar de la perfecta inocencia de tantos desdichados; estos temas llegarán al pie del trono. El Emperador no podrá ni sospechar que no hay en todo esto ningún fundamento, y se verá forzado a mostrarse duro por consideración hacia usted contra gente inocente hasta de la más ligera falta. El señor Inspector General conoce todos mis respetuosos sentimientos hacia él.

Alexis de Noailles.

■
Para el Señor Prefecto:³⁶

El sr. de Noailles ruega al Señor Prefecto le permita añadir algunas observaciones a su conversación del sábado pasado, 16 de septiembre.

En primer lugar, dicho sr. de Noailles quiere lavarse plenamente y por última vez de todas las sospechas sobre los famosos impresos que se le quieren atribuir.

1. Su fortuna no le permitiría soportar el enorme gasto de semejante edición, pues consumiría así en un solo día sus rentas de un año.

2. El sr. de Noailles reta a que por cualquier confrontación imaginable o por toda otra prueba que sea, se pueda descubrir la menor huella de orden o de consejo dados al respecto.

3. El sr. de Noailles conjura al Señor Prefecto a que haga comparar con los impresos en cuestión los documentos que se le acusa de haber hecho remitir al sr. Beaumes. Se verá si son semejantes tanto por la cantidad como por el texto a los que se han encontrado en casa de dicho sr. Beaumes. El sr. de Noailles, según todo lo que le han informado, se atreve a afirmar que no se encontrará una sola frase expresada de manera semejante.

Y aunque una sola de estas pruebas hubiera bastado, el sr. de Noailles quiere aún añadir esta reflexión:

4. Si hubiera podido reconocer que se imprimió, ¿cómo hubiera dejado copiar inútilmente dichos documentos?

Y además, estas pruebas tan convincentes no vienen más que tras una afirmación dada bajo juramento.

El sr. de Noailles no quiere renovar estas legítimas excusas por la comunicación de dichos documentos. Solo añade una palabra, preguntando si se encuentra en los más importantes una sola vez el nombre del Emperador y si al contrario no habría algún mérito y si no debiera ser agradable a la autoridad que se diera parte prudentemente de documentos moderados y destinados a calmar los espíritus (si fuera preciso) por este mismo camino que se hubiera podido tomar para agitarlos.

Estas cosas parecen sin réplica al pobre prisionero que abre su corazón gustosamente y sin tener nada que disimular como *cierto personaje*.

En fin, el sr. de Noailles quiere añadir algunas palabras para justificarse. Nunca cree uno que la autoridad encarcela por motivos mediocres y cuando *personas poderosas* se occultan y se turban de manera tan extraña, ¿no está permitido al vulgo turbarse también? De

³⁶ AA-318, 219.

ahí se sigue que las cartas, las palabras, las cosas, si falta una explicación precisa, se hacen de una obscuridad ridícula. Por ejemplo se ha descubierto al sr. de Noailles una carta sin fecha escrita hace seis años. Se ha inducido de inmediato que el antiguo gobernador del sr. de Noailles lo retenía a la fuerza en ciertos sentimientos. Seguro que le hubiera chocado verse acusar así por cuenta de una persona a la que ve apenas alguna vez al año.

Y lo mismo es esta carta con la que se hace tanto ruido, que no puede dar ningún motivo de inquietud, por mucho que se haya dicho. La prisión del sr. Lafon no podría enseñarnos nada, y el sr. de Noailles espera con total confianza en la justicia del sr. Prefecto que una orden de arresto tan inquietante para una ciudad entera sea revocada si aún se está a tiempo.

Desde el fondo de su prisión el sr. de Noailles hace llegar con infinito gusto el homenaje de sus respetuosos sentimientos al señor Prefecto.